



Ilustración

EMILIA BERTOLÉ

(artista plástica argentina, n. El Trébol -Santa Fe- 1896, m. Rosario, 1949)

Yo regresaba desde el futuro al encuentro, descendía desde el tiempo posterior, desde la desmemoria para rescatar al retrato y a la poesía que los hombres habían condenado por ser clandestinos, más allá de su única esencia como humanos: el sentimiento.

“La dama azul” emerge de esta página, por primera vez, a la observación anónima desde su creación en la década del veinte del siglo pasado. Nunca salió de la casona de Luján donde ingresó, quizás ni siquiera de la pared que la sostiene. Solamente un breve trayecto, desde el atelier de la artista en Mercedes hasta el solar en las cercanías de la Basílica, apenas la oreó de luz sideral. Hoy es exhumada desde el olvido más lastimoso que tiene el hombre al tener que ocultar sus afectos. En esta realidad acontecida que alberga el retrato, se junta en la ilación de las bifurcaciones hacia el pasado, circunstancias que conmovieron hasta los cimientos íntimos a sus actores Emilia Bertolé y su hermana Cora, al que luego fuera Presidente de la Cámara de Diputados de la Nación Federico Fernández de Monjardín (Presidencia Frondizi) y al laureado poeta mendocino Alfredo Bufano (1895-1950). El tiempo, artesano del olvido, dejó apenas un hueco por donde filtrarnos en su laberinto a través de la Dra Lila Masci de Monjardín para devolver esa llama original que encierra la obra y resucitar lo máspreciado que tiene el hombre para ser feliz: el amor. La clandestinidad suele llevar a las cenizas las pasiones más puras. En esta tierra de hombres la razón es el arbitrio que los vuelve infelices y trágicos. La razón y el instinto. El sentimiento se escuda en la profundidad del ser para no ser arrojado a la inquisición del orden humano.

Artista plástica y poetisa, Emilia Bertolé frecuentó la bohemia porteña del grupo *Anaconda* en el *Café Tortoni* junto a Horacio Quiroga, Alfonsina Storni, Arturo Mon, Emilio Centurión. En ese ambiente conoció al poeta Alfredo Bufano quien a través de la amistad con Federico Monjardín les permitió reafirmar esos encuentros ya no solamente entre ellos sino con la familia Bertolé. Surgió allí una relación sentida entre Bufano y Cora, la hermana de Emilia, escudada en la clandestinidad dada la situación personal del poeta. Bufano solía pasar temporadas alojado en la casona de los Monjardín en Luján, en donde el amor y el estío vagaban por el río que bordeaba al solar.

Emilia Bertolé fue una exquisita retratista. La esposa del prestigioso médico Gregorio Araoz Alfaro, el presidente Hipólito Irigoyen, Ignacio Corsini, Libertad Lamarque, fueron algunos de sus célebres trabajos. “La dama azul” (Cora Bertolé) parece desprenderse del fondo que confluye con el contorno de la figura. La luz emana de un rostro pálido, mirada sugestiva y facciones delicadas que otorgan a la composición un halo misterioso y oculto que el tiempo acentuaría al relegar la sensibilidad pasional de su origen para llevarlo a la desmemoria. “Para mí el arte debe ser siempre la representación natural de la vida, embellecida por el genio creador y la perfección”. Estas palabras vertidas por la propia Emilia en el diario “La Prensa” (ca. 1927) son premonitorias en el *chiaroscuro* que las circunstancias imponen a los hombres vulnerando la conciencia del afecto. Son evidencia plena de lo prohibido que determinó el destino recatado de este retrato.

EL HOMBRE VIVE LOS MUNDOS PARALELOS DE LA REALIDAD Y LA IMAGINACIÓN, DEL PRIMERO SERÁ CAUTIVO EL VAGABUNDO Y EL ARTISTA DEL IMAGINARIO. EL RESTO DE LOS MORTALES NUNCA SABRÁ AL CUAL PERTENECE A LA ESPERA UTÓPICA QUE CONFLUYAN.

Era el tiempo de la flor. Los taninos arbóreos impregnaban un aire diáfano y caliente en el mediodía de Luján. El sol se eternizaba en el cenit quebrando la luz entre los espesores del verde tupido de las ramas. Sobre el césped las sombras danzaban al compás de ellas. No demasiado lejos las altas cruces de la Basílica se erigían imponentes a la vista del descampado que se extendía desde la casona de los Monjardín. El coche resopló pausadamente y luego pareció detrás de un suspiro profundo echarse sobre el piso. El viajero no necesitó abrir el portal. Un Federico Monjardín rebosante de plenitud lo recibía de chaleco y corbatín. Su diestra se adelantó al visitante. Al momento de extenderla su voz se disipó sensual y llana.

-¿Cómo va todo, Alfredo?-

Bufano sonrió levemente estrechando la mano de su amigo al tiempo que respondía afirmativamente con una leve inclinación de cabeza. Entonces, volvió a escucharse la voz del anfitrión.

-¡Tengo una sorpresa! Esta noche cenaremos con los Bertolé- y haciendo un guiño continuó -y entre ellos Cora. Pero creo que tendrás otra satisfacción.

-¿De qué se trata?- profirió expectante Bufano.

-No estoy autorizado, pero te va a emocionar.

Cuando el sol se derrumbó detrás del horizonte con su última luz ígnea y las sombras se alargaron hasta ser una sola, Emilia, Cora y sus padres llegaban a la cita. La velada acercó a Alfredo Bufano y a Cora Bertolé algo más que un encuentro. Reafirmó entre ellos esa complicidad que los mantenía unidos a través de la distancia. Los momentos confidentes se habían hecho más frecuentes y Luján era el lugar que les ofrecía la posibilidad, el sosiego y el sentido que en ese momento tenían sus vidas. Pero esa noche un hecho circunstancial y azaroso, como suele suceder en los cotidianos acontecimientos de los hombres, permitiría que esta historia no fuese herrumbrada en el olvido definitivo. Cuando el café y el anís, bajo un cielo tachonado de fuegos blancos que sugerían la concavidad de la esfera celeste, extendían la velada, emergió desde la puerta de la casona Emilia Bertolé con el retrato de su hermana Cora terminado horas antes. El pastel azul de la imagen envolviendo la facies luminosa de la protagonista del cuadro, encendió un fulgor más entre las sombras, pero esta vez a la altura de los ojos de Bufano, quien quedó expectante. La pintora no lo dejó recuperarse.

-Este retrato de mi hermana es para ti Alfredo en ofrenda del afecto.

El poeta atinó a replicar -¡es tan hermoso lo que hiciste Emilia como lo es ella!

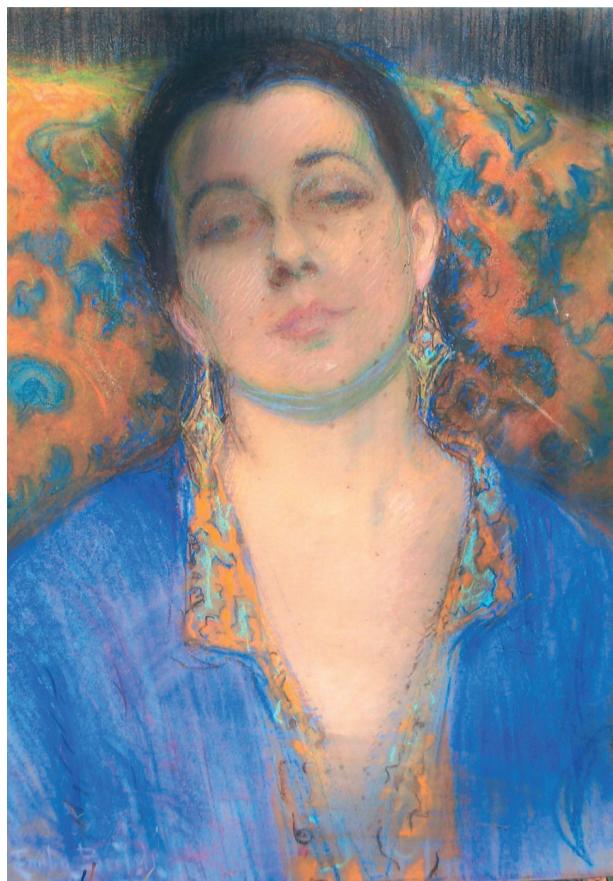
Insensibles los días venideros se fueron llevando el tiempo incandescente de la flor. Los amantes nunca suelen sospechar que el verdugo del olvido deambula en busca de los sentimientos.

Días después cuando Bufano volvía a su tierra al momento de despedirse de Monjardín, éste le recuerda -¡Alfredo... no te olvides del retrato de Cora!

Bufano agachó la cabeza, quizás ocultó una lágrima. Su voz apareció desde la vergüenza, triste, ensombrecida, implorante -Federico me duele en el alma pero no me lo puedo llevar, si lo hiciese estaría faltándole el respeto a mi situación, pero consérvalo tú que eres mi amigo. Vendré a buscarlo.

Los acontecimientos borraron esa primavera y muchas más. Los personajes se fueron mimetizando en el pasado hasta desaparecer, la historia se fue perdiendo y el retrato de Cora permaneció desde entonces al abrigo de todos los recuerdos. Sólo él aún conserva ese tiempo de la flor. Del lienzo azul brota la misma alegría genuina de cuando Cora posó con su rostro levemente sonrojado. Décadas de parsimonia yacen ahora sobre su superficie. Esta exquisita creación oculta el secreto sentimental obligado por el acontecer clandestino que encerraba.

Esa tarde en que me encontré con la crónica contada del retrato de Cora suspendido desde siempre en esa pared, tuve la sensación de que debía rescatar a los personajes del olvido y al cuadro realizado por Emilia Bertolé de su trascender ignorado. Lo descolgué. Al mirar el dorso la premonición se hizo más cierta. Un sobre adherido guardaba la poesía de Emilia que reflejaba su emoción al contemplar la propia obra.



"La dama azul"
pastel, 0,50 x 0,40 m

"Surge del fondo oscuro de la cabeza/abandonada un poco/por timidez quizás o por fatiga/sobre el exiguo y grácil hombro./Ancha la frente pálida, e imprecisos,/ misteriosos los ojos;/no se sabe si grises o del suave/color del heliotropo./La boca rosa como rosa leve/se abre a un íntimo soplo/y es dolorida y honda la sonrisa/que anima el marfil cálido del rostro" ("Espejo en sombra", 1927).(1)

Si partir es un acto de libertad, la memoria que acreamos nos limita su transcendencia. Nos devuelve al ayer. Hacia donde vamos portamos el agobio de nuestro pasado. Nuestros fantasmas se perpetúan. La memoria es la sombra de la conciencia. En ella yace nuestro testamento de la tristeza. El solo hecho de haber sido nos reitera irremediables. Nunca podremos volver a sentir lo que hemos sentido. Son actos irrepetibles. Únicamente la desmemoria nos restituiría la plenitud de vivir los hechos como si fuesen originales. En esto reside la antinomia del hombre con la naturaleza que lo contiene. La impronta que lo sustenta se extiende más allá de lo aconsejable. No favorece al ser, sino para herrumbrarlo en la tristeza.(2)

Jorge C. Trainini

BIBLIOGRAFÍA

1. Bertolé Emilia. "Espejo en sombra". Buenos Aires, 1927.
2. Trainini Jorge C. "Ocaso de la Utopía". Lumen Ed. Buenos Aires, 2009.